

# CÓMO LLEGUÉ A GUARDIAMARINA

Alfonso DE LA HOZ GONZÁLEZ



*No es la inteligencia, sino la voluntad, la que nos hace el mundo.*

*Vida de Don Quijote y Sancho.*  
Miguel de Unamuno

## El despertar de una vocación



N mayo de 1981, recién cumplidos los catorce años y en una España convulsa por diversos y muy críticos acontecimientos, tuve la oportunidad de asistir a alguno de los actos organizados por el Ministerio de Defensa con motivo de la Semana de las Fuerzas Armadas que aquel año acogía Barcelona.

El fin de semana inmediatamente anterior, la ciudad había vivido con angustia e inquietud el asalto al Banco Central. Los barceloneses, hastiados por la espiral criminal y delictiva que se había desatado durante aquella primavera, se asomaban a un marasmo desolador, carente de ilusiones y esperanza. Hasta el Fútbol Club Barcelona había perdido sus opciones en el Campeonato Nacional de Liga a causa del secuestro de su delantero centro y jugador más querido y carismático: el asturiano *Quini*.

La ciudad necesitaba algún tipo de estímulo que sirviera de revulsivo; urgían nuevos desafíos y renovados alicientes para recuperar el pulso perdido, pues era preciso detener la pérdida de confianza colectiva que se avistaba.



Cartel del Día de las Fuerzas Armadas. Barcelona, 1981.

Pasaré de puntillas sobre la siempre polémica y arriesgada cita de Spengler y el pelotón de soldados, pero lo cierto es que aquella semana de mayo los Ejércitos y la Armada se volcaron con Barcelona, y los barceloneses respondieron con una masiva y entusiasta presencia en todos los actos militares que se celebraron.

La exposición estática en el Parc de l'Escorxador (antiguo matadero) resultó francamente espectacular, de las mejores que he visto en toda mi vida. Además, la Armada contribuyó con otra exposición complementaria en el Museo de las Atarazanas. Las Fuerzas Armadas presentaron sus mejores credenciales ante la sociedad civil, pero la Marina, tratándose de la Puerta de España al Mediterráneo, echó el resto y fue un paso más allá en cada una de las actividades que se sucedieron.

Por aquel entonces empezaba a sentir ciertas inclinaciones

hacia la milicia, y aquel plus adicional aportado por la Armada me ganó para siempre.

El viernes 29 de mayo tuvo lugar una revista naval presidida por Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I desde el yate *Azor*, en la que participaron otros 27 buques de guerra: el portaaviones *Dédalo*; los transportes *Aragón*, *Castilla*, *Galicia*, *Velasco*, *Martín Álvarez* y *Conde de Venadito*; las fragatas *Baleares*, *Andalucía* y *Extremadura*; los destructores *Churrua*, *Lángara*, *Blas de Lezo*, *Lepanto* y *Alcalá Galiano*; los submarinos *Isaac Peral*, *Narciso Monturiol*, *Tonina* y *Marsopa*; las corbetas *Infanta Elena* e *Infanta Cristina*; el buque de salvamento *Poseidón*; los patrulleros ligeros *Laya* y *Javier Quiroga*, y tres barcasas *LCT*. El cronista de *La Vanguardia* glosó aquella parada naval como «Veinte minutos pletóricos de españolismo naval que ojalá perduren para siempre».

Al día siguiente todo aquel que se acercó a la playa de la Barceloneta pudo presenciar un desembarco protagonizado por la Infantería de Marina. Se trataba de una demostración anfibia con lanzamiento y recogida de buceadores de combate, a la que siguió el posterior ametrallamiento de la playa por helicópteros de ataque, desde los que descendieron espectacularmente numerosos infantes de Marina que culminaron con brillantez unas maniobras minuciosamente preparadas.

Esa misma tarde en el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona, el alcalde (1) solicitó oficialmente al Rey la autorización para presentar la candidatura de la ciudad a los Juegos Olímpicos de 1992. En menos de una semana se había pasado de la depresión postsalto al Banco Central a la euforia preolímpica. ¿Cómo pudo generarse semejante entusiasmo en tan poco tiempo? En mi opinión, los valores castrenses que sobrevolaron la ciudad durante aquella semana aportaron un sorprendente y renovado espíritu de superación.

Tras la audiencia regia se celebró un homenaje a la bandera, donada en aquella ocasión por el presidente de la Generalidad, con claro sabor naval; pues la ceremonia tuvo lugar en el Muelle Bosch i Alsina, conocido popularmente como *Moll de la Fusta*.

Como colofón a la semana, el domingo 31 de mayo más de 13.000 soldados y marineros desfilaron por una Avenida Diagonal repleta de balcones engalanados por banderas nacionales. Debo reconocer que los mayores aplausos —con lanzamiento de claveles incluido— se los llevó la Guardia Civil, pues la Benemérita había perdido tres semanas antes a dos de sus hombres: el sargento Justiniano Fernández Pesado y el guardia Francisco Montenegro Giménez, vilmente asesinados por la banda terrorista GRAPO en el Turó de la Peira.

Cuando algunos años después ingresé en la Escuela Naval Militar, recibí una carta del comandante director en la que se dirigía a mí como «Querido amigo y compañero». Aquella misiva logró que mi padre, antiguo alférez de milicias del Arma de Ingenieros, se adhiriese orgulloso a la causa naval. Lo mismo sucedió con sus amigos del barrio del Clot, ante quienes, orgulloso, exhibió la carta. No imaginaba el entonces capitán de navío Núñez Lacaci que aquel rutinario documento —uno más entre los casi 70 que debió de firmar aquel verano— reclutaría más adeptos para la Armada que las por entonces frecuentes visitas de la fragata *Asturias* con motivo del Salón Náutico.

De este modo, el *lobby* pronaaval barcelonés, constituido por asociaciones como los exmarineros del minador *Eolo* o la Hermandad del Mar que preside Santiago García Egea, junto a veteranos colaboradores de la REVISTA GENERAL DE MARINA, como Camil Busquets (fallecido en 2016) y Albert Campanera i Rovira, seguía creciendo y fomentando el amor por el mar y por la Armada.

---

(1) Once meses después se convertiría en ministro de Defensa.

La simiente que dejó la Semana de las Fuerzas Armadas de 1981 en Barcelona resultó bastante fructífera en cuanto a lo naval se refiere, pues en las tres promociones posteriores a la mía también hubo guardiamarinas barceloneses, entre los que no quiero dejar de recordar a Francisco Caparrós Puebla (q. e. p. d.), que nos dejó a los 27 años siendo teniente de navío.

### **Cádiz, salada claridad**

Pese a mi querencia por las humanidades, cuando inicié mis estudios de 3.º de BUP (2) opté por las ciencias, pues si estaba decidido a ser marino debía familiarizarme con la Física, las Matemáticas en general y la Trigonometría Esférica en particular. Desde entonces se me vio en compañía de los señores Burbano, Martínez Salas, Ardura y Puig Adam. Frecuenté también a autores extranjeros como Lentin y Rivaud, quienes me guiaron por el Álgebra moderna; y en plenos estertores de la Guerra Fría acudí tanto al físico norteamericano Tipler como al matemático bielorruso Demidovich.

Para preparar el ingreso en la Escuela Naval decidí coger el hatillo e instalarme en la ciudad de Cádiz. A diferencia de Barcelona, la «Tacita de Plata» no precisa de ningún *lobby* naval. Resulta difícil encontrar una ciudad más marinera, pues rodeada de mar, salvo el istmo que la une a la Isla de León, amén del Puente Carranza y ahora el de La Pepa que la comunican a Puerto Real, Cádiz rezuma sabor naval por todos los rincones. Algunas de sus edificaciones en piedra ostionera rememoran el añorado esplendor dieciochesco en el que el imaginario colectivo gaditano sitúa su Siglo de Oro. El traslado de la Casa de Contratación a Cádiz en 1717 marcó el inicio de una época de apogeo en el que la ciudad duplicó su población y asistió al irresistible ascenso de una burguesía moderada, cuyas vertiginosas actividades mercantiles facilitaron la recepción del espíritu de la época: la Ilustración y el Racionalismo. Fue tal la importancia e influencia de Cádiz que hoy podemos reconocerla en La Habana, Cartagena de Indias, Veracruz o San Juan de Puerto Rico, entre otras muchas ciudades.

No es de extrañar que un año antes y ante tales circunstancias Cádiz fuera la ciudad elegida para albergar la Academia de Guardiamarinas, en la que pocos años después Jorge Juan sentaría plaza como alumno, alcanzando posteriormente su dirección y fundando la Asamblea Amistosa Literaria. Un paseo por el barrio del Pópulo nos lo recuerda continuamente, pues las placas dedicadas a Jorge Juan se suceden unas a otras. Poco puedo añadir a cuanto se ha escrito del científico y marino alicantino en la REVISTA GENERAL DE MARI-NA (imprescindible el número especial conmemorativo de su nacimiento

---

(2) Bachillerato Unificado Polivalente.

publicado en agosto/septiembre de 2013); tan solo me permitiré realizar una curiosa observación: en 1992 el Banco de España decidió que la efigie de Jorge Juan figurase en los billetes de diez mil pesetas. Teniendo en cuenta que en los de mil figuraban los Reyes Católicos, no cabe duda de que al menos por una vez se le otorgó un lugar preferente a lo naval.

Pese a los sucesivos emplazamientos de lo que hoy se conoce como Escuela Naval Militar, los guardiamarinas han seguido formando parte del paisaje social, histórico y cotidiano de Cádiz hasta nuestros días; así en 1993 el primer premio de agrupaciones del Carnaval de Cádiz lo ganó la chirigota de José Luis García Cossío *Con el sudor del de enfrente pero decidnos los Ricos...* que cantaba de esta guisa:

«A las fiestas del Club Náutico  
mandamos a nuestras hijas  
a ver si le sale un novio,  
un galán guardia marina...»

La despedida de los gaditanos al buque escuela *Juan Sebastián de Elcano* con motivo del inicio de su crucero de instrucción constituye todos los años un acto multitudinario de adhesión ciudadana. Me inicié en este ritual cívico a finales de los años ochenta, y no he dejado de acudir —salvo cuando me he encontrado destinado fuera de la provincia de Cádiz—, con la particularidad de haberlo vivido desde la cubierta del buque en cuatro ocasiones: una como guardia marina y tres como capitán habilitado.

En el año 2002 con motivo de la décima vuelta al mundo, la alcaldesa de Cádiz dictó un bando municipal en el que animaba a los gaditanos a acudir una vez más a despedir a uno de sus símbolos más emblemáticos. En las hemerotecas quedó la imagen de dos guardiamarinas gaditanos, el joven Quirós y el bisoño Rosety, portando la imagen de la Virgen Galeona para su em-



Por las calles de Cádiz. LXXXVII Crucero de Instrucción del *Juan Sebastián de Elcano*.  
(Foto: [www.flickr.com/photos/armadamde/](http://www.flickr.com/photos/armadamde/)).

barque en nuestro buque escuela. Precisamente fue el coro «Buque Escuela», que en 1996 y bajo la dirección de Julio Pardo había ganado el primer premio en la modalidad de coros del concurso del carnaval, el que despidió a nuestro buque más representativo:

«Navega, navega mi barco a compás  
lo marca, lo marca las olas del mar,  
navega, navega mi barco a compás  
un tango de Cai te quiero a rabiarse...»

Tras el Babor y Estribor de Guardia, la banda del octogenario velero se arrancó, y de hecho continúa haciéndolo, con *Chiclanera*, el célebre pasodoble compuesto por Vega, Oropesa y Carmona. Posteriormente sonarían *En er mundo e Islas Canarias*; pero ante todo *Chiclanera*, que representa a todas esas mujeres gaditanas que se quedan en tierra y que, como cantara Carlos Cano:

«... que todas las gaditanas  
que me parecen manzanas, manzanas;  
cuando van por la alameda  
con la luna en la mirada;  
son manzanitas de coral  
con el corazón de sal  
¡que están pa rabiarse de guapas!»

Y es que, como me reconoció un veterano navegante del *Juan Sebastián de Elcano*, Cádiz «jala» mucho más del buque que San Fernando, aunque sea en la Isla donde efectúa sus mantenimientos y reparaciones.

Precisamente en San Fernando conocí a algunos lugareños que todavía recordaban a Don Juan de Borbón en su época de guardiamarina, cuando la Escuela Naval Militar se encontraba en la Población Militar de San Carlos. El entonces Infante Don Juan se alojaba en lo que hoy es el Centro Cultural y Deportivo «El Castillito», cuyos terrenos pertenecían a una finca conocida como el Recreo de López.

El año en que ingresé en la Escuela Naval, fuimos 12 los que procedíamos del CHA (3) de San Fernando, algo habitual por aquel entonces merced al alto nivel de sus preparadores, que contaban con un tridente de lujo: don Antonio Elías Rodríguez Pérez (comandante de Intendencia, jefe de Estudios y profesor de Álgebra), don Rafael Benavente Delgado (capitán de navío ingeniero y profesor de Física) y don Fernando Vidal Masó (capitán de navío hidrógrafo

---

(3) Colegio de Huérfanos de la Armada.



en situación de reserva que, además de prepararnos con el Análisis Matemático, impartía clases por las mañanas en el entonces colegio femenino de Cádiz (San Vicente de Paúl).

—Don Fernando, ¿cuándo nos presentará a las niñas?

—Cuando ingreséis...

Don Fernando no llegó a presentarnos a las niñas, pero sé de uno que al cabo de 14 años se casó con una de ellas.

### **Tras la Puerta de Carlos I**

Una soleada mañana de mediados de agosto, quienes habíamos logrado superar el ingreso en la Escuela Naval nos encontramos en Marín frente a la Puerta de Carlos I. El nombre de la entrada me pareció todo un acierto, pues pese a nacer en Gante siempre he considerado a nuestro primer Habsburgo como el español más importante de la Historia; afirmación que me refutan mis compañeros pilotos de aeronaves, quienes consideran merecedor de tal distinción a Fernando Alonso. Como diría Rafael el Gallo: ¡Hay gente pa tó!

Por Marín han pasado muchísimas promociones de los más variados cuerpos y de todas las escalas habidas y por haber, razón por la cual es difícil no caer en los tópicos o lugares comunes: la lluvia permanente, el olor de la fábrica de celulosa de Pontevedra... «A ver si te quitas el olor a celulosa» es una expresión que todavía se escucha en los buques, como reproche a los oficiales recién egresados de la Escuela Naval que pecan de excesiva bisoñez.

De mis años de aspirante recuerdo que, cuando no estaba corriendo, me dedicaba a subir y bajar de la cofa sin solución de continuidad, aunque debo decir que ingresé a tiempo para conocer a dos profesores, auténticos personajes de leyenda: Mister Mörling, súbdito sueco experto en dornas y otras embarcaciones gallegas, y el señor Morales, eminente químico marinense. Todas las mañanas formábamos en el Patio de Aulas, llamado también Patio de Don Álvaro de Bazán, que estaba presidido por las palabras «HONOR, VALOR, DISCIPLINA y LEALTAD», lo que nos infundía la energía suficiente para enfrentarnos con buen ánimo al día a día.

No cabe duda de que aquellos dos años de lanilla, lepanto y chaquetón «de pobre» nos curtieron; aunque algunos, además de sobrellevar una incipiente calvicie, tuvieron que cargar con motes infamantes, como Calvo (el ferrolano) o Nakachian (el andaluz). Está claro quiénes eran más ingeniosos, aunque finalmente la alopecia nos ha ido llegando a casi todos. A elevar nuestra moral también contribuían los célebres versos de Calderón que se inician con: «Aquí la más principal hazaña es obedecer...». Los he recordado a menudo durante

mi carrera profesional, a pesar de que al principio me causaron algún que otro sobresalto, pues ignoraba que aquellas palabras tan bonitas con las que nos había obsequiado uno de nuestros brigadieres el día de nuestro ingreso las hubiera escrito don Pedro Calderón de la Barca. De ahí que me llevase uno de los primeros chascos en pleno cursillo previo (4) cuando el brigadier de turno me sacó de formación:

— Veamos, De la Hoz, los versos de Calderón...

«Esta es la mía. Ahora me luzco», me dije, dada mi afición a las letras. Así que con mi mejor disposición inicié el célebre monólogo de Segismundo:

«(¡Ay mísero de mí, ay, infelice!)

Apurar cielos pretendo,  
ya que me tratáis así  
qué delito cometí  
contra vosotros naciendo;  
aunque si nací, ya entiendo  
qué delito he cometido:  
bastante causa ha tenido  
vuestra justicia y rigor,  
pues el delito mayor  
del hombre es haber nacido.»

El brigadier me dejó terminar mientras iba cavilando el correctivo que tuvo a bien imponerme tras su monumental rapapolvo:

- ¡Que sea la última vez que me recitas a Víctor Jara!
- Esos son versos de Calderón, mi brigadier. Se lo juro mi brigadier.
- Te he dicho mil veces que me tutees.

Costó convencerle de que el soliloquio pertenecía efectivamente a *La vida es Sueño*, al igual que a mí me costó aprender que a los brigadieres se les tuteaba, pues a mi desconocimiento sobre los usos y costumbres de la Armada se unía mi afición a las películas de acción naval de origen anglosajón, en las que en casi todas las categorías se daba el tratamiento de señor, así:

---

(4) Período de adiestramiento que generalmente tenía lugar entre el 16 de agosto y el 1 de septiembre, en el que los caballeros de nuevo ingreso deben aclimatarse al régimen ordinario de la Escuela Naval Militar.



- Señor Christian...  
— Señor Bligh... (5).

Gracias al cine de género bélico he revivido muchísimas experiencias de la Escuela Naval, dada su naturaleza de centro de formación militar, y paradójicamente la película que menos creíble me ha resultado se rodó en su interior. Me refiero a la versión de *Botón de Ancla* del Dúo Dinámico, concretamente a la escena en la que dos guardiamarinas, ataviados con el uniforme blanco completo, bailan y cantan por la explanada de la Escuela *Ahí en el cielo*.

En el muy hipotético caso de que se hubiera producido una situación similar, a buen seguro que habrían sido reprendidos bien el profesor de servicio, bien por el comandante de la guardia a la voz de:

- ¡Caballeros, dejen de hacer el conacho!

Palabro este último que constituye un ferrolanismo sumamente desagradable, no por su etimología galaica, sino por su semántica procaz.

Pese a los rigores del régimen interior y el presumible aislamiento en que vivíamos, los aspirantes éramos conscientes de la realidad social de nuestra Patria y sabíamos que en aquellos años 80 se estaba viviendo una de las páginas más negras de la reciente Historia de España, que afectó especialmente a las rías gallegas. A finales de la década, la Escuela Naval empezó a utilizarse como depósito de decomiso de las lanchas planeadoras incautadas a los narco-trafficantes. También era frecuente que en nuestras salidas de franco a Pontevedra nos topásemos con yonquis o toxicómanos y, si bien resultaban inofensivos, no resultaba tranquilizador saber que en pocos años nos encontraríamos con algunos de ellos en las unidades de la Armada —todavía le quedaban unos cuantos lustros al servicio militar obligatorio—, lo que sin duda nos llevaría a tener que lidiar con situaciones nada agradables.

En 1990, el desaparecido y polifacético artista Tino Casal había descrito perfectamente la sinrazón de aquella época en su canción *Histeria*:

«Otro viernes más  
tendré que salir,  
no has vuelto a llamar,  
no sé a dónde ir.

Qué asco de ciudad,  
menudo movidón,  
no sé qué poner

---

(5) El sagaz lector se habrá dado cuenta de que me refiero al motín de la *Bounty*.

no tengo modelón.  
Primero beber,  
algo que pillar,  
mejor controlar,  
prefiero bailar  
hasta enloquecer.»

Los aspirantes no teníamos el problema del modelón, pues con el uniforme blanco de paseo íbamos perfectamente maqueados y además, por aquello de la obediencia ciega inherente a nuestro empleo militar, nos poníamos la tirilla, las dos poleas y los gemelos reglamentarios. «¡Que no nos falte de ná!», que cantaban los Cantores de Híspalis.

Tras evocar los dos años de aspirante, me doy cuenta de que fueron mucho más intensos de lo que presumía hace apenas unas líneas. Aquel bienio resultó determinante en nuestra formación humana, militar y profesional.

Finalmente, un bonito 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, tras la diana floreada y el desayuno reforzado de rigor, los miembros de la 393 promoción de Cuerpo General, 123 de Infantería de Marina y 68 de Intendencia nos convertíamos en caballeros guardiamarinas. El futuro era nuestro. El presente lo es.

## Conclusiones

El Banco Central de la Plaza Cataluña de Barcelona hoy es una tienda de ropa femenina de una marca filial de unos conocidos grandes almacenes.

Durante mi crucero de instrucción en el *Juan Sebastián de Elcano* como guardia marina de primera, el comandante del buque, capitán de navío Pedro Lapique Quiñones, dispuso que una gran bandera con el emblema de «Barcelona 92» presidiera todas las recepciones oficiales.

En abril de 2002 regresé por mar a Barcelona —mi padre me esperaba en el muelle— como capitán habilitado del *Juan Sebastián de Elcano*, mandado entonces por el capitán de navío Manuel Rebollo García, a quien siempre estaré agradecido por aquel emocionante y mágico momento.

## BIBLIOGRAFÍA

- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *La vida es sueño*. S. L. U. Espasa Libros. Madrid, 2010.  
UNAMUNO, Miguel de: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Alianza Editorial. Madrid, 2004.  
MACHADO, Manuel: «Phoenix». *Poesías Completas*. Renacimiento. Sevilla, 1936.  
*La Vanguardia, El País, ABC, Diario de Cádiz*.